

do y tan profundo que nada has oído?

HERN. Nada, señor.

RUY. Pues me vi obligado á entregar á doña Sol ó á tí.

HERN. A quién?

RUY. Al rey.

HERN. Anciano estúpido! El rey la ama.

RUY. El rey? (Asombrado.)

HERN. ¡Es nuestro rival y nos la ha robado!

RUY. Maldición! ¡Vasallos míos, á caballo, á caballo; persigamos al raptor!

HERN. Escuchadme: os pertenezco y podeis matarme cuando queráis; ¿pero quereis antes emplearme en vengar á vuestra sobrina y su virtud ultrajada? Deseo tener parte en esta venganza, y os suplico que me concedais esta gracia. Persigamos los dos al rey; seré vuestro brazo y os vengaré. Despues matadme.

RUY. ¿Podré siempre disponer de tu vida?

HERN. Siempre, os lo juro.

RUY. Por quién lo juras!

HERN. Por la memoria de mi padre.

RUY. ¿No te olvidarás nunca de lo que ahora prometes?

HERN. (Presentándole la bocina que se quita del cinto.) Guardad esta bocina. Suceda lo que suceda, cuando queráis, señor duque, en cualquier lugar, á cualquier hora que os ocurra que deba yo morir, tocad la bocina y yo mismo me mataré.

RUY. (Tendiéndole la mano.) Estamos convenidos.

Los dos se estrechan la mano. D. RUY se dirige á los retratos.

Todos vosotros sois testigos!

FIN DEL ACTO TERCERO.

## ACTO CUARTO

### El sepulcro

#### AQUISGRAN

Subterráneo que encierra el sepulcro de Carlo-Magno, en Aquisgran.—Grandes bóvedas de arquitectura lombarda; gruesos pilares bajos, arcos, capiteles con relieves de pájaros y de flores.—A la derecha el sepulcro de Carlo-Magno, al que se entra por una portezuela de bronce, baja y cintrada. Una sola lámpara, suspendida de la clave de la bóveda, alumbraba esta inscripción: CAROLUS MAGNUS.—Es de noche.—No se vé el fondo del subterráneo, y la vista se pierde en las arcadas, en las escaleras y en los pilares que se entrecruzan en la oscuridad.

### ESCENA PRIMERA.

D. CARLOS y D. RICARDO DE ROJAS, conde de Casapalma, con una linterna en la mano.

RIC. (Con el sombrero en la mano.) Aquí es.

D. CAR. Aquí se reúne la Liga y voy á copar juntos á todos sus miembros. El elector de Tréveris les ha ofrecido este sitio... que es muy á propósito. Cierta clase de rebeliones las hace prosperar el aire de las catacumbas; bueno es aguzar los estiletos en las piedras de los sepulcros, pero este juego es muy arriesgado; en él se arriesga la cabeza. Bien hicieron en elegir un sepulcro para sus reuniones; así tendrán menos que andar.—¿Se extienden mucho estos subterráneos?

RIC. Hasta la fortaleza.

D. CAR. Más de lo necesario.

RIC. Otros de los subterráneos corren por este lado hasta el monasterio de Altenheims.

D. CAR. Donde Rodolfo exterminó á Lotario-Bieu.—Repetidme otra vez, conde, los nombres y los agravios, dónde, cómo y por qué.

RIC. El duque de Gotha...

D. CAR. Sé por qué ese duque conspira; quiere que un alemán ocupe el imperio de Alemania.

RIC. Hohemburgo...

D. CAR. Ese, según me han referido, preferiría ir al infierno con Francisco I que ir al cielo conmigo.

RIC. D. Gil Tellez Giron.

D. CAR. Ira de Dios! ¡Ese infame conspira contra su rey!

RIC. Dicen que os encontró una noche en la alcoba de su señora, poco despues que le nombrásteis baron, y quiere vengar el honor de su cara mitad.

D. CAR. Entonces que se rebeló contra España entera. Quién más?

RIC. Citan también al reverendo Vazquez, obispo de Avila.

D. CAR. ¿También por vengar la virtud de su mujer?

RIC. Además está descontento Guzman de Lara, porque desea conseguir el collar de vuestra orden.

D. CAR. Si no desea más que el collar... lo obtendrá.

RIC. El duque de Lutzelburgo. En cuanto á los planes que se le atribuyen...

D. CAR. Ese duque tiene la cabeza demasiado grande.

RIC. Juan de Haro, que quiere obtener á Astorga.

D. CAR. Los Haros siempre han dado mucho que hacer al verdugo.

RIC. Ya no hay más, señor.

D. CAR. Pues no están todos, conde. No me has citado más que siete, y son más según mi cuenta.

RIC. Porque no os he hablado de algunos bandidos, comprados por Tréveris y por la Francia. Esos son hombres sin escrúpulos, cuyo puñal se inclina siempre al oro como la aguja al polo. Sin embargo, entre ellos ví dos muy audaces, recién llegados, un jóven y un viejo...

D. CAR. Sus nombres, su edad...

RIC. Ignoro cómo se llaman; en cuanto á la edad, uno podrá contar veinte años...

D. CAR. Qué lástima!

RIC. Y el otro lo menos sesenta.

D. CAR. El primero no tiene edad aun para conspirar y el otro no la tiene ya; peor para ellos. En caso de necesidad, el verdugo puede contar con mi ayuda. En vez de ser mi espada benigna para las facciones se la prestaré, si su hacha se embota, y para ensanchar el patíbulo coseré si es preciso mi púrpura imperial al paño del cadalso.—¿Pero llegaré á ser emperador?

RIC. Reunido ya el Colegio, delibera en estos momentos.

D. CAR. ¿Nombrará á Francisco I ó al sajón Federico el Sábio?—Lutero tiene razon: Todo vá mal!—Esos fautores de majestades sagradas solo hacen caso de razones deslumbradoras. ¡Un sajón herético! Un conde palatino imbécil! Un privado de Tréveris libertino! Esos son mis contrincantes. Al rey de Bohemia lo tengo de mi parte. Los príncipes de Hesse son más pequeños aun que sus Estados, son mozos idiotas ó viejos libertinos, y forman un ridículo concilio de enanos que yo podría llevar bajo mi piel de leon como Hércules.—Me faltan tres votos, conde, y todo me falta. Por esos tres votos daría yo á Gante, á Toledo y á Salamanca, las tres ciudades que eligieran de Castilla ó de Flandes... Las daría... para recobrarlas más tarde. ¿Lo oyes?

D. RICARDO se inclina saludando y se pone el sombrero.

Os cubris?

RIC. Señor, me habeis tuteado y ya soy grande de España.

D. CAR. (¡Me causa lástima su frívola ambición!)

RIC. Abrigo la esperanza de que proclamen emperador á vuestra alteza.

D. CAR. (Alteza! ¡Si no pudiera pasar de rey!)

RIC. (Sea ó no emperador, yo ya soy grande de España.)

D. CAR. En cuanto esté elegido el emperador de Alemania, ¿qué señal anunciará á la ciudad su nombre?

RIC. Si eligen al duque de Sajonia dispararán un cañonazo; dos si eligen al rey Francisco; tres si nombran á D. Carlos de Austria, rey de España.

D. CAR. Doña Sol me contraría, conde; si por casualidad me nombran emperador, corre á buscarla... quizás me corresponda si vé que soy César.

RIC. (Sonriendo.) Vuestra alteza es demasiado bueno y...

D. CAR. (Interrumpiéndole.) Sobre eso no pronuncies ni una palabra más.—¿Cuándo sabremos el nombre del elegido?

RIC. Dentro de una hora lo más tarde.

D. CAR. Por tres votos!...—Aplastemos antes á esa turba que conspira, que despues ya veremos de quién será el imperio. Cornelio Agripa sabe mucho, y en el océano celeste ha visto venir trece estrellas desde el Norte hasta la mia. Pero también dicen que el abad Juan Triteno ha prometido el imperio al rey Francisco. Debí, para ver brillar con más claridad mi fortuna, fortificar la profecía con algun armamento. Las predicciones del más hábil hechicero se realizan mejor cuando un buen ejército con cañones y picas, peones y caballos, prepara el camino á la suerte que se espera. ¿Quién vale más de los dos, Cornelio Agripa ó Juan Triteno? El que tenga su sistema apoyado por un buen ejército y ponga la punta de una lanza al cabo de lo que dice, ó el filo de una espada, para cortar cualquier dificultad á gusto del profeta.—Dejadme solo, que se acerca la hora en que se han de reunir los conjurados. Ah!... Dame la llave del sepulcro.

RIC. (Entregándosela.) Señor, os ruego que no os olvideis del conde de Limburgo, que es el custodio capitular que me la ha confiado, y que se esfuerza por complaceros.

D. CAR. (Despidiéndole.) Bien... Haz todo cuanto te dije.

RIC. Sin demora, señor.

D. CAR. Conque tres cañonazos, eh?

RIC. Sí, señor; tres.

Se inclina y se vá. Cuando D. CARLOS se queda solo, se abisma en meditacion profunda. Despues levanta la cabeza y se vuelve hácia el sepulcro.

## ESCENA II.

D. CARLOS solo.

D. CAR. Carlo-Magno, perdona! Estas bóvedas solitarias solo debían repetir palabras austeras, y sin duda te indignará el zumbido de nuestras ambiciones que suena alrededor de tu monumento. Aquí reposa Carlo-Magno! ¿Cómo puedes, sepulcro sombrío, contenerle sin estallar? ¿Estás bien ahí, gigante de un mundo creador, y puedes extender en tu sepulcro toda tu altura? ¡Magnífico espectáculo ofreció á la Europa forjada por sus manos, tal como él la dejó al morir! Un edificio con dos hombres en la cúspide; dos jefes elegidos, á los que se someten todos los reyes legítimos; casi todos los Estados, feudos militares, reinos, marquesados, son hereditarios; pero el pueblo suele tener su Papa ó su César; todo marcha y el azar corrige al azar. De esto nace el equilibrio, que impone el orden. Electores revestidos de tisú de oro, cardenales envueltos en mantos de escarlata, Senado doble y sacro que conmueve la tierra, les sirven de ostentación: surge una idea, segun las necesidades de las épocas se agranda, corre, se mezcla en todo, se hace hombre y posee los corazones. Hay muchos reyes que la pisotean y la amordazan; pero llega un día en que entra en la Dieta, en el Cónclave, y todos ven surgir de repente sobre sus cabezas la idea esclava con el globo en la mano y la tiara en la frente, y el Papa y el emperador lo son todo. Nada existe en la tierra más que por ellos y para ellos. En ellos vive el misterio supremo, y el cielo, que les concede todos los derechos, les dá un gran festín de pueblos y de reyes; los sienta á la mesa, y Dios, bajando de las nubes donde brama el trueno, les sirve el mundo. Frente á frente los dos están sentados, y arreglan, recortan y mandan en el universo. Los reyes están á la puerta, respirando el vapor de los manjares, mirando tras de los vidrios y contemplando lo que pasa dentro, levantándose y apoyándose en la punta de los piés. El mundo bajo los reyes se escalona y se agrupa; los dos que se sientan á la mesa, el uno desata y el otro corta; uno representa la verdad y el otro la fuerza. Llevan en sí mismo su razón de ser, y existen porque existen. Cuando salen del santuario, iguales los dos, uno con la púr-

pura y el otro con sus blancas vestiduras, el universo deslumbrado contempla con terror esas dos mitades de Dios, el Papa y el emperador.—Ser emperador! (Con alegría.) ¡Pero no serlo y sentirse con valor para ocupar esas alturas!... ¡Qué dichoso fué el que duerme en este sepulcro! Y qué grande! En su época ocupar ese sitio era aun más deslumbrador. El Papa y el emperador no eran ya dos hombres, eran Pedro y César, uniendo las dos Romas, fecundando una y otra en místico himeneo, dando forma y alma nuevas al género humano, fundiendo pueblos y reinos para hacer una Europa nueva, poniendo los dos en el molde por sí mismos el bronce que quedaba del viejo mundo romano. ¿Y éste es el sepulcro de Carlo-Magno? ¿Es todo tan poco en el mundo que viene á parar en esto? ¡Haber sido príncipe, rey y emperador, haber sido la espada y la ley, haber sido gigante que tuvo por pedestal la Alemania, por título César y por nombre Carlo-Magno; haber sido más grande que Anibal, que Atila, tan grande como el mundo... y venir á parar aquí! ¡Ambicionar un imperio, para ver luego el polvo que queda de un emperador! ¡Hacer ruido en el mundo, elevar muy alto el edificio imperial, para que quede luego reducido á estas piedras, y el título y la fama universal, para dejar nada más algunas letras que deletreen los niños; y por alto que sea el fin á que aspire el orgullo humano, acabar por estrellarse en una tumba, es una demencia! Sin embargo, el imperio... el imperio... estoy tocándolo y me fascina. Una voz interior me dice: "Lo obtendrás!," ¿Lo conseguiré?... Si lo consiguiera... ¡Pero ascender á esa cúspide, sintiéndose simple mortal, teniendo á los piés el abismo y pudiendo sentir el vértigo!... ¿En quién me apoyaré? ¡Si desfalleciera sintiendo estremecerse el mundo bajo mis plantas y moverse la tierra!... ¿Podré soportar el peso del globo? Quién me hará grande? Quién será mi guía? ¿Quién me aconsejará? Tú, Carlo-Magno, tú! (Cae de rodillas ante el sepulcro.) Ya que Dios vence todos los obstáculos y pone nuestras dos majestades frente á frente, vierte desde tu sepulcro en mi corazón algo de tu grandeza. Muéstrame la pequeñez del mundo; enséñame tus secretos para vencer y para regirle, y dime si vale más castigar que perdonar. Si es cierto que en su tumba solitaria despierta á veces á una gran sombra el ruido del mundo, y entreabriendo la tumba, alumbrada como un

relámpago la oscuridad del universo, dime, emperador de Alemania, qué puede hacerse después de Carlo-Magno. Déjame entrar en tu santuario, déjame que, incorporándome, te contemple en tu mármoleo lecho. Aunque tu voz fatídica me haga temblar, habla: ó si nada me dices, deja que Carlos de Austria estudie tu cabeza, que goza de paz profunda; deja ¡oh gigante! que te mida á su placer. Entremos. (Vá á abrir el sepulcro y retrocede.) Gran Dios! Si me hablase al oído! ¡Si estuviera él de pié dentro del sepulcro andando á pasos lentos! ¡Si saliera de su tumba con el cabello blanco! De todos modos, entremos. (Ruido de pasos.) Alguien viene. ¿Quién se atreve á estas horas á turbar la paz de tan augusto muerto, exceptuando Carlos de Austria? (Se aproxima el ruido.) Me había olvidado ya... Son mis asesinos; entremos.

Abre la puerta del sepulcro, que cierra tras sí; en seguida aparecen algunos encubiertos.

## ESCENA III.

LOS CONJURADOS.

Se acercan unos á otros y se dan las manos, cambiando algunas palabras en voz baja.

CONJURADO 1.º (Con una antorcha encendida.) *Ad augusta.*

CONJ. 2.º *Per Augusta.*

CONJ. 1.º Los santos nos protejan.

CONJ. 3.º Los muertos nos sirven.

CONJ. 1.º Dios nos guarde!

Entran otros CONJURADOS.

CONJ. 2.º Quién vive?

VOZ EN LA OSCURIDAD. *Ad augusta.*

CONJ. 2.º *Per augusta.*

CONJ. 1.º Bien, ya estamos todos.—Gotha, habla.—Amigos; la sombra espera la luz.

Los CONJURADOS se sientan en semicírculo en los sepulcros. El primer CONJURADO vá de uno á otro, y en su antorcha todos los demás encienden cirios. Después se sienta en el sepulcro más alto, que está en el centro del círculo.

DUQUE DE GOTHA. (Levantándose.) Amigos, Carlos de España, que es extranjero por parte de su madre, aspira al sacro imperio.

CONJ. 1.º Conseguirá la tumba.

GOtha. (Tirando al suelo su antorcha y pisándola.) Que hagan con él lo que yo hago con esta antorcha.

TODOS. Así sea.

CONJ. 1.º Muera Carlos!

GOtha. Muera!

TODOS. Muera!...

JUAN DE HARO. Su padre es alemán.

DUQUE DE LUTZELBURGO. Su madre es española.

GOtha. De modo que ni es español ni alemán.

CONJ. 4.º ¡Si los electores le nombra- sen emperador!...

CONJ. 5.º No lo creo.

GIL TELLEZ. Hiriéndole en la cabeza no le coronarán.

CONJ. 1.º Si consigue el sacro imperio, será tan augusto é inviolable que solo Dios pueda tocarle.

GOtha. Lo más seguro es que espire antes que sea augusto.

CONJ. 1.º No le elegirán.

TODOS. No obtendrá el imperio.

CONJ. 1.º ¿Cuántos brazos se necesitan para meterle en el ataúd?

TODOS. Uno solo.

CONJ. 1.º Quién ha de dar ese golpe?

TODOS. Yo.

CONJ. 1.º Echemos suertes.

Los CONJURADOS escriben sus nombres en pequeños pergaminos, que rollan y depositan uno tras otro en la urna de un sepulcro.

CONJ. 1.º Oremos.

Todos se arrodillan, menos el CONJURADO 1.º

Que el elegido crea en Dios, hiera como un romano y muera como un hebreo; que tenga valor para arrostrar la rueda y las tenazas, para cantar en el potro, para reír en el fuego; en una palabra, que se resigne á matar y á morir.

Saca de la urna uno de los pergaminos.

TODOS. A quién le toca? Quién es?

CONJ. 1.º (Leyendo el pergamino.) Hernani.

HERN. (Saliendo de entre los conjurados.) Yo he ganado. (Por fin voy á conseguir mi venganza.)

RUY. (Aparte á HERNANI.) Cédeme tu sitio.

HERN. No; no debéis envidiarme mi buena suerte. Es la primera vez que la alcanzo.

RUY. Eres pobre, y porque me cedas ese sitio te daré feudos, castillos, cien mil siervos de mis trescientas villas, todo lo que poseo.

HERN. No cedo el puesto de honor.

GOtha. Anciano, tu brazo no daría un golpe tan certero y tan firme.

RUY. Si el brazo me faltara, me sobraría el alma. (A HERNANI.) Recuerda que me perteneces.

HERN. Mi vida es vuestra, pero la suya es mía.

RUY. Te entregaré la mano de doña Sol y te devolveré la bocina.

HERN. (Vacilando.) Doña Sol y la vida!... No, no; antes es mi venganza. Tengo también que vengar á mi padre y acaso algo más.

RUY. Piénsalo bien.

HERN. Señor duque, dejadme mi presa.

RUY. Maldita tenacidad! (Separándose de él.)

CONJ. 1.º (A HERNANI.) Hernani, bueno sería acabar con Carlos antes de que le elijan emperador.

HERN. No temais; sé bien cómo se quita la vida á un hombre.

CONJ. 1.º ¡Que la traicion recaiga sobre el traidor y Dios te guarde! Todos nosotros, si el elegido perece sin matar, juremos desempeñar su papel sin excusa alguna, porque hemos condenado á muerte á Carlos.

TODOS. (Sacando las espadas.) Juremos!

GOTHA. Por qué juramos?

RUY. Por esta cruz.

Tomando la espada por la punta y levantándola en alto.

TODOS. (Levantando las espadas.) ¡Que muera impenitente!

Se oye un cañonazo lejano. Todos se paran y callan. La puerta del sepulcro se entreabre. D. CARLOS aparece en el umbral pálido y escuchando. Suena otro cañonazo y despues otro. Entonces se abre del todo la puerta del sepulcro, en la que permanece D. CARLOS sin dar un paso, de pié é inmóvil.

#### ESCENA IV.

Dichos, D. CARLOS; despues D. RICARDO; señores y guardias; el REY DE BOHEMIA, el DUQUE DE BABIERA y despues DOÑA SOL.

D. CAR. Señores, alejaos un poco de aquí, que el emperador os oye.

De pronto apagan todas las luces. Silencio profundo.

D. CAR. (Avanza en la oscuridad, pudiendo distinguir apenas á los conjurados, inmóviles y mudos.) ¿Creeis que porque os rodea el silencio y la oscuridad vá á pasar esto como un sueño y os he de tomar por hombres de piedra sentados en sus sepulcros? Para ser estátuas hablábais demasiado. Ea, levantad las frentes abatidas, que aquí está Carlos V. Dad un paso y heridme... heridme. No os atreveis! Vuestras sangrientas antorchas llameaban bajo estas bóvedas, y bastó mi aliento para apagarlas; pero si apago algunas, enciendo otras.

Pega con la llave en la puerta de bronce del sepulcro, y al hacer esta señal, todas las profundidades del subterráneo se pueblan de soldados con antorchas y partesanas: al frente de ellos aparecen el duque de Alcalá y el marqués de Almuñan.

Venid, halcones míos, que me he apoderado del nido. (A los conjurados.) También yo alumbró á mi vez. ¡Mirad cómo llamea el sepulcro!...

HERN. (Mirando á los soldados.) Al verle solo me pareció grandioso; creí ver salir á Carlo-Magno, pero salió Carlos V.

D. CAR. Condestable de España, almirante de Castilla, desarmadlos.

El duque de Alcalá y el marqués de Almuñan cercan á los conjurados y los desarman.

RIC. Augusto emperador...

D. CAR. Te nombro mayordomo de palacio.

RIC. Dos electores, en nombre de la Cámara dorada, vienen á cumplimentar á la sacra majestad.

D. CAR. Que entren. (Bajo á D. RICARDO.) (Que venga Doña Sol.)

D. RICARDO saluda y se vá. Entran, precedidos de antorchas y de músicas, el DUQUE DE BABIERA y el REY DE BOHEMIA, con mantos reales y las coronas ceñidas y con numeroso séquito de señores alemanes, que llevan la bandera del imperio, que tiene el águila de dos cabezas y el escudo de España en el centro. Los soldados se separan, dejando paso á los dos electores, que avanzan hasta el emperador y le saludan ceremoniosamente; éste les devuelve el saludo, quitándose el sombrero.

DUQUE DE BABIERA. Carlos, rey de los romanos, majestad sacratísima y emperador: el mundo está desde ahora en vuestras manos, porque poseeis el imperio. Vuestro es el trono á que todo monarca aspira; fué elegido para ocuparle Federico, duque de Sajonia; pero juzgándoos más digno, no ha querido aceptarlo. Venid, pues, á recibir la corona y el globo: el sacro imperio os reviste de púrpura, os ciñe la espada y os hace poderoso.

D. CAR. Iré á mi vuelta á dar las gracias al Colegio. Gracias, hermano mio, rey de Bohemia, y primo mio, duque de Babiera; yo mismo iré.

REY DE BOHEMIA. Nuestros abuelos, Carlos, eran amigos; nuestros padres también; quieres que seamos hermanos? Te he visto pequeñuelo y no puedo olvidar...

D. CAR. Sí, rey de Bohemia, eres casi de mi familia.

D. CARLOS les presenta la mano para que la besen los dos electores, que le saludan profundamente y se van.

LA MULTITUD. Vivan! Vivan! (Al ver salir á los electores con su séquito.)

D. CAR. (Soy emperador... por renuncia de Federico el Sábio.)

Salé DOÑA SOL.

SOL. Soldados!... El emperador!... Qué golpe tan imprevisto!... Hernani!...

HERN. Doña Sol!

RUY. (Qué está al lado de HERNANI.) (No me ha visto.)

HERN. Señora...

SOL. (Sacando el puñal del pecho.) Aun guardo su puñal.

HERN. (Tendiéndola los brazos.) Vida mia!

D. CAR. Silencio! Lara el de Castilla y Gotha el sajón, y todos vosotros, ¿qué haceis aquí? Hablad.

HERN. (Dando un paso.) Señor, os lo voy á decir: grabábamos en la pared la sentencia de Baltasar. Queríamos dar al César lo que debíamos al César.

Agitando el puñal.

D. CAR. Silencio! ¿Vos también traidor, Silva?

RUY. ¿Quién de los dos lo ha sido, señor?

HERN. (A los conjurados.) Se apoderó de nuestras cabezas y del imperio; logró lo que deseaba. (Al emperador.) El manto azul de los reyes podía haceros tropezar; la púrpura os sienta mejor; en ella no se vé la sangre.

D. CAR. (A RUY GOMEZ.) Primo Silva, has cometido una felonía que merece que se borren tus títulos del blason. Sois reo de alta traicion, señor duque.

RUY. Los reyes Rodrigo tienen la culpa de que haya condes D. Julianes.

D. CAR. (Al duque de Alcalá.) Prended solo á los duques y á los condes; á los demás no.

El duque de Alcalá obedece las órdenes del emperador.

SOL. (Se ha salvado!)

HERN. (Saliendo del grupo que ha quedado libre.) Pretendo que se me cuente entre los nobles. (A D. CARLOS.) Se trata de subir al cadalso, y Hernani, que es pobre pastor, quedaria impune; ya que es preciso ser grande para morir, reclamo mis derechos. Dios, que dá los cetros y que concede el imperio á Carlos, me concedió á mí ser duque de Segorbe y de Cardona, marqués de Monroy, conde de Albaterra, vizconde de Gor y señor de lugares cuyo número no recuerdo. Soy Juan de Aragon, gran maestre de Aviz, que nací en el destierro, por ser hijo proscripto de un padre que condenó á muerte una sentencia del tuyo, rey de Castilla. Vosotros usais del cadalso y nosotros del puñal. El cielo me hizo duque y el destino montañés, y ya que somos grandes de España, cubrámonos. (Se cubre, se dirige á los nobles y estos le imitan.) Si nuestras cabezas cubiertas tienen derecho á la cuchilla, nobles de título y de raza, quiero ocupar mi sitio entre vosotros. Criados y verdugos, paso á D. Juan de Aragon.

Se mete en el grupo de los señores presos.

SOL. Cielos!

D. CAR. Verdaderamente habia olvidado ya esa historia.

HERN. El que es víctima de ella la recuerda bien; la afrenta que el ofensor olvida, se renueva todos los dias en el corazon del ofendido.

D. CAR. ¡Luego sois hijo de padre

que decapitó el mio!... Pues este título os basta.

SOL. (Arrodillándose á los piés del rey.) ¡Perdon, señor! Sed clemente con él ó heridnos á los dos, porque es mi amante, es mi esposo, solo por él vivo. Perdonadle! (D. CARLOS la mira inmóvil.) ¿Qué idea siniestra os absorbe?...

D. CAR. Vamos; levantaos ya de ahí, duquesa de Segorbe, condesa de Albaterra, marquesa de Monroy... ¿qué otros títulos teneis, D. Juan?

HERN. Quién habla así? El rey?

D. CAR. No; el emperador.

SOL. (Levantándose con regocijo.) Gran Dios!

D. CAR. (A HERNANI.) Duque, hé aquí tu esposa.

HERN. (Estrechando entre sus brazos á DOÑA SOL y levantando la vista al cielo.) Justo Dios!

D. CAR. (A D. RUY GOMEZ.) Primo mio, comprendo que esté celosa tu antigua nobleza, pero un Aragon puede unirse con un Silva.

RUY. La celosa no es mi nobleza.

HERN. Consiguió apagar mi odio.

(Tira el puñal.)

RUY. (Mirando abrazados á DOÑA SOL y á HERNANI.) (Mi loco amor sufre indecible tormento; debo callar y padecer en secreto.)

SOL. Duque mio!

HERN. Ya solo me queda amor en el alma.

SOL. Qué felicidad!

D. CAR. (Extinguete, corazon ardiente y juvenil, y deja reinar á la cabeza que me turbaste. Desde hoy en adelante tus amores serán Alemania, España y Flandes. (Mirando una bandera imperial.) El emperador, como el águila su compañera, en el sitio del corazon solo debe tener el escudo.)

HERN. Sois verdaderamente César!

D. CAR. D. Juan, tu corazon es digno de tu raza y merece á doña Sol. De rodillas, duque. (HERNANI se arrodilla; D. CARLOS se quita el Toison y se lo cuelga del cuello á HERNANI.) Recibe el collar. (D. CARLOS saca la espada y la golpea tres veces en la espalda.) Sé fiel. Por San Estéban, duque, te armo caballero de esta orden. (Lo levanta y le abraza.) Pero tú posees collar más precioso, el que yo no tengo, el que falta al poder, el que forman los brazos de una mujer amada y amante. Vas á ser muy feliz... yo... yo seré emperador. (A los conjurados.) Ignoro vuestros nombres, señores, y así también quiero olvidar el odio y el rencor. Idos en paz; os perdono. (Los conjurados caen de rodillas.)

LOS CONJ. Gloria al emperador!

RUY. (A D. CARLOS.) Yo soy aquí el único castigado.

D. CAR. (A D. RUY.) Y yo.  
RUY. (Pero yo no perdono como él.)  
HERN. (Feliz mudanza.)  
TODOS. Viva Alemania! ¡Honor á Carlos V!  
D. CAR. (Volviéndose hácia el sepulcro.) ¡Honor á Carlo-Magno! Dejados solos á los dos.  
(Váanse todos.)

## ESCENA V.

D. CARLOS solo.

D. CAR. (Inclinándose ante el sepulcro.) ¿Estás satisfecho de mí, Carlo-Magno? Ya has visto que supe despojarme de las miserias de rey, y que al ser emperador me convertí en otro hombre; ¿puedo emparejar mi yelmo de batalla con tu tiara papal? Puedo gobernar el mundo? ¿Tengo el pié bastante firme para marchar por el sendero sembrado de vandálicas ruinas que tú hollaste con tus anchas sandalias? ¿Encendí mi antorcha en tu llama inextinguible? ¿He comprendido la voz que me hablaba desde tu sepulcro? Me encontraba solo, perdido, solo ante un imperio: todo un mundo me amenazaba y conspiraba contra mí; tenía que castigar á Dinamarca, tenía que pagar al Santo Padre, eran mis contrarios Venecia, Soliman, Lutero y Francisco I. Puñales enemigos centelleaban contra mí en la oscuridad; me rodeaban asechanzas y escollos y veinte pueblos que harían temblar á cien reyes; todo esto era premioso y requería rápida y simultánea solución: te llamé para preguntarte: Carlo-Magno, ¿cómo inauguraré mi imperio? Y tú me respondiste: Siendo clemente.

FIN DEL ACTO CUARTO.

## ACTO QUINTO

## La boda

EN ZARAGOZA

Galería del palacio de Aragon.—En el fondo una escalera que desciende hasta el jardín.—A la derecha y á la izquierda dos puertas, que dan á la galería, que cierra una balaustrada de dos filas de arcadas moriscas; por encima y á través de ellas se ven en el fondo los jardines del palacio, con luces que van y vienen, y en último término los remates góticos y árabes de dicho palacio, que está iluminado.—Es de noche.—Se oye

música lejana.—Máscaras vestidos de dominó, aislados ó en grupo, pasean por el fondo.—En el proscenio, un grupo de jóvenes disfrazados, que llevan las caretas en la mano, hablan y ríen ruidosamente.

## ESCENA PRIMERA.

D. SANCHO SANCHEZ DE ZÚÑIGA, conde de Monterey; D. MATÍAS CENTURION, marqués de Almuñan; D. RICARDO DE ROJAS, conde de Casapalma; D. FRANCISCO DE SOTOMAYOR, conde de Bellalcázar; D. GARCI-MARQUEZ DE CARVAL, conde de Peñalver.

GARCI. ¡Viva la novia y viva la alegría!

MAT. Zaragoza entera se asoma esta noche á los balcones.

GARCI. Hace bien, porque jamás vió boda tan rica, novios tan gallardos ni noche tan hermosa.

MAT. Esa boda se debe al emperador.

SAN. ¿Os acordais, marqués, de cierta noche que íbamos los dos con él en busca de aventuras? ¡Quién nos habia de haber dicho entonces que aquello habia de acabar así!

RIC. Yo fui de la partida y os contaré lo que nos sucedió. Tres galanes, un bandido, un duque y un rey, sitiaban al mismo tiempo el corazón de una mujer: dieron el asalto y ganó el bandido.

FRAN. Eso es muy natural. El amor y la fortuna, en España, como en todas partes, juegan con dados falsos y hacen ganar al fullero.

RIC. Yo hice carrera presenciando esos amoríos, que me hicieron ser primero conde, luego grande de España y después mayordomo de palacio. No he perdido el tiempo.

SAN. El secreto de vuestra encumbración consiste siempre en encontraros en el camino del rey...

RIC. Y en hacer valer mis derechos y mis servicios.

GARCI. Y en aprovecharos de sus distracciones.

MAT. ¿Y qué se ha hecho el duque de Silva? ¿Estará preparándose el ataúd?

SAN. No os burleis de él, marqués; el duque era hombre de buen temple y amaba á Doña Sol. Sesenta años tardó en empezar á encanecer, y un solo día ha bastado para que encaneciera del todo.

GARCI. No ha regresado á Zaragoza?

SAN. ¿Para presenciar la boda habia de regresar?

FRAN. Y qué hace el emperador?

SAN. El emperador está muy triste: Lutero le tiene pensativo.

RIC. Buen cuidado me daría á mí Lutero. Acabaría con él muy pronto con cuatro soldados.

MAT. Soliman también le hace sombra.

GARCI. ¿Pero qué diablos nos importan á nosotros Lutero ni Soliman? Las mujeres son hermosas, el baile de máscaras está muy animado; vamos á divertirnos.

SAN. Eso es lo esencial.

RIC. Tiene razón Garci-Suarez. Yo soy otro cuando estoy en una fiesta; en cuanto me pongo el antifaz me parece que me pongo otra cabeza.

FRAN. (Indicando la puerta de la derecha.) ¿Esa es la habitación de los desposados?

GARCI. Sí, y pronto vendrán.

FRAN. Vendrán?

GARCI. Sin duda alguna.

FRAN. Tanto mejor.

SAN. La novia es bellísima.

RIC. Y el emperador demasiado bondadoso: no contento con perdonar al rebelde Hernani, le colma de títulos y le une en matrimonio con Doña Sol. Si yo hubiera sido el emperador, hubiera destinado para él un lecho de piedra y para ella un lecho de pluma.

SAN. (Bajo á D. MATÍAS.) De buena gana le daría una estocada á ese necio presumido.

RIC. Qué estais diciendo?

MAT. (Bajo á D. SANCHO.) No armeis contienda ahora. Me recita un soneto del Petrarca.

GARCI. ¿Habeis observado, señores, entre las flores, las mujeres y los trajes de colores, un espectro con dominó negro, que permanecía de pié apoyado contra una balaustrada?

RIC. Sí.

GARCI. Quién es?

RIC. Por su talla y por su aire me parece que es D. Pancracio, general del mar.

FRAN. No.

GARCI. No se ha quitado aun la máscara.

FRAN. Debe ser el duque de Loma, que se satisface con que todo el mundo le mire.

RIC. No es, porque el duque me ha hablado.

GARCI. Entonces, ¿quién es ese máscara? Callad, aquí está.

Entra un enmascarado con dominó negro, que cruza lentamente por el fondo. Todos se vuelven á mirarle y le siguen con la vista, sin que él lo note.

TOMO III.

SAN. Si los muertos andan, deben andar así.

GARCI. (Corriendo hácia el enmascarado.) ¡Máscara! (El dominó negro se pára; GARCI retrocede.) Por vida mía, señores, que he visto que sus ojos echan llamas.

SAN. Pues si es el diablo, ha encontrado ya con quien hablar. Mala sombra, vienes del entierro?

EL MÁSCARA. No vengo, voy.

Signe su camino y desaparece por la escalera del fondo. Todos le siguen con la vista, mirándole con extrañeza.

MAT. Su voz es verdaderamente sepulcral.

GARCI. Sí, pero lo que causa espanto en otra parte hace reír en un baile.

SAN. Será algun chusco de mal género.

GARCI. Y si es Lucifer que viene á vernos bailar, mientras llega la hora de ir al infierno, bailemos.

SAN. Eso será alguna bufonada.

MAT. Mañana lo sabremos.

SAN. Por dónde ha desaparecido?

MAT. Por aquella escalera.

GARCI. (A una dama que pasa.) Marquesa, sereis tan bondadosa? (La saluda y le ofrece la mano.)

LA DAMA. Mi querido conde, ya sabéis que mi marido cuenta las veces que bailo con vos.

GARCI. Mejor que mejor; si se divierte así, él contará y nosotros bailaremos.

SAN. (Verdaderamente esto es singular.)

MAT. Los novios! Silencio!

Entran HERNANI y DOÑA SOL, dándose la mano; ella viste magnífico traje nupcial; él traje de terciopelo negro, y lleva puesto el Toison. Detrás de ellos salen multitud de damas y caballeros enmascarados. Cuatro pajes les preceden y dos alabarderos les siguen.

## ESCENA II.

Dichos, HERNANI, DOÑA SOL y máscaras.

HERN. (Saludando.) Amigos míos!

RIC. Vuestra felicidad hace la nuestra, ilustre duque.

FRAN. ¡Vive Dios, que es hermosa como Venus.)

MAT. (A Sancho.) ¿Hay algo más feliz que un día de bodas?

SAN. Sí, la noche.

FRAN. Ya es tarde. Nos retiramos?

Todos van á saludar á los novios, y unos se van por una de las puertas y los otros por la escalera del fondo.

HERN. (Despidiéndolos.) Dios os guarde.

SAN. (Estrechándole la mano.) Sed dichosos!

Quedan solos HERNANI y DOÑA SOL. Las luces se van apagando, y poco á poco domina el silencio y la oscuridad.